

PIRATAS Y CORSARIOS

PAIS entre mares, es natural que en nuestras letras haya un eco marino, lejano las más de las veces, próximo y resallante las menos.

Y como no podía por menos en tierra de navegantes y colonizadores, surge el tema del «rey del mar», del hombre sin más ley ni más fuero que su esfuerzo: el pirata, y el del hombre que condiciona—muy tenuemente, sobre todo en sus principios—su albedrío al servicio de su rey y de su patria: el corsario.

Magníficos amos del mar fueron los cántabros y vascos que en el medievo metieron en un puño a galos y britanos, y que entre caza y caza de ballenas, lo mismo tomaban la Rochela y saqueaban Bayona y San Juan de Luz, que afrontaban todo el poder inglés en Wilchesea, sin hacerles mella los desastres, pues se rehacían y volvían a las andadas con más ímpetus que antes. La «Crónica de D. Pere Niño» evoca el ambiente de sus bienandanzas o fortunas.

Su campo fué en principio el mar tenebroso, pero al compás de la Reconquista, bajaron hacia el sur, testigo Sevilla, de donde se llevaron, entre otras cosas, las cadenas del puesto de Triana para colgar a sus parroquias, y las de Algeciras, y las costas del reino de Granada, bloqueadas por ellos.

Y se conoce les gustó el suave Mare Nostrum, pues ya Gonzalo de Córdoba tropezó con «corsarios» vizcaínos— se llamaba entonces así a todos los vascongados — que hacían de las suyas en las Baleares, Italia y las Islas clásicas: Guerri, Larriarán, Pedro Navarro y tantos más. Los levantinos tampoco se descuidaban, y carracas catalanas inquietaban en pleno siglo XV el mar de Alejandría y Chipre. Breves líneas en las «Crónicas del Gran Capitán» y en las «Andanças e viajes de Pere Tafur», condensan aquellas diablerías dignas de menos laconismo.

Con la venida de los turcos y la expulsión de moros y moriscos, se abre en el viejo mar de los dioses un paréntesis cerrado en realidad a cañonazos por nuestro gran Antonio Barceló, en Argel, en el último tercio del XVIII. Los Barbarroja, Dragut y una legión de empecatados arraeces, infernaron la vida de nuestro Levante y nuestras dos Sicilias. Lepanto les dió un golpe de muerte, pero siguieron coleando dos siglos y pico. Estos tuvieron más suerte: Villalón, Cervantes, Haedo, Fray Jerónimo, Gracián, Espinel, los romances de Góngora, nos acercan a aquellos basiliscos, que encontraban la horma de su zapato en nuestros cuatralvos y en los comendadores de Malta, quienes, desde luego, no se ahogaban en poca agua y descuartizaban entre cuatro galeras a boga arrancada al más pintado. No olvidemos aquí a Nachin de Munguía, que con una sola nave peleó durante tres días contra veintisiete de Aaradín Barbarroja, le contuvo y escapó con barco y con vida.

Los descubrimientos oceánicos, con su famosa «Carrera de Indias» poblaron el Atlántico de una turbamulta de tunantes, franceses, ingleses y más tarde holandeses — el holandés pirata es el gato de nuestra plata—que nos dieron mucho que hacer durante tres siglos. Don García de Escalante— un almirante laredano — inventó los galeones, verdaderas moles erizadas de todos los engendros de la tormentaria que entonces corrían y molían, pero ni por esas.

El primero—que yo sepa— aparece Juan Florin, corsario francés, que robó nada menos que la recámara y tesoro de Moctezuma que enviaba Hernán Cortés al Emperador; ahora

VERSOS CLÁSICOS

A LA INGLESA

INGRATA Reina, de tal nombre indina,
maldita Jezabel descomulgada,
¿qué turbas la divina paz armada?
¿qué turbas la cristiana paz divina?

Tu soberbia cerviz al yugo inclina
de nuestra Santa Madre regalada;
mira que fuiste en ella bautizada,
piensa, cuitada, en tu total ruína.

No muevas más escándalos, retira
el alma triste del furor que tiene
a la razón cristiana en tal afrenta.

Vuelve en tí, miserable, advierte, mira
que aunque el haber escándalos conviene,
¡ay de aquel que los mueve y los sustenta!

CRISTOBAL DE VIRUÉS
(1550-1609)

que no le sirvió de mucho, pues le echaron el guante con lo mal habido, le trajeron a España y le ahorcaron. «Estebanillo González» cuenta algo de la vida de estas buenas piezas.

El descubrimiento del estrecho de Magallanes, fué un mal negocio para España; por allí se colaron en el mar del Sur, Drake, Forbisher, Hawkins, Raleigh y tantos otros más, quienes tuvieron en jaque a nuestros virreyes y almirantes. Francis Drake — luego sir Francis — el que tomó Cartagena de Indias y murió en Portobello, fué el que dejó eco más amplio en nuestras letras: un poema de Lope, la «Dragantea», bastante difícil de leer por cierto.

Síguese luego una retahila de aventureros de baja estofa y uñas largas, que mientras España civilizaba y fundaba ciudades y reinos en todo el orbe, se dedicaban metódicamente a robar nuestras flotas y territorios: filibusteros, cucaneros, pechilungues, despreciable caterva que tenían sus piraterías en las Islas del mar Caribe: la Tortuga, las Bermudas, etc.

Claro que también surgieron en contrapartida nuestros Corsarios, dedicados a su busca y captura, como aquel Vicente López, de Santiago de Cuba, que en la primera mitad del siglo XVIII, dió mucho que sentir a los ingleses de Jamaica y Don Melitón Pérez del Camino,—impetuoso castreño— que un siglo más tarde frente a La Habana, tomó al abordaje un navío mejicano—«El Guerrero» creo—entre pirata e insurrecto.

En fin, es inútil querer encerrar en un artículo una enconada lucha multiseccular y sus resonancias literarias—a veces unas breves líneas de una crónica local—pase éste por un brevísimo e incompleto bosquejo, en que ni sumariamente han cabido nuestras pugnas con los piratas de Jolé y Mindanao, pródigas en color y valentía.

LUYS SANTA MARINA